

Domingo XXIII T. O. (Ciclo B)

ALEJANDRO MOLINA RODRÍGUEZ

PARA TU REFLEXIÓN

“Hace oír a los sordos y hablar a los mudos” (Mc 7, 37)

A muchedumbre se admira de los milagros de Jesús. Ya Isaías profetizó las maravillas que haría el Mesías. Los oídos del sordo se abrirán, la lengua del mudo cantará. En los días mesiánicos la cercanía bienhechora de Dios se manifestará en la rehabilitación de los indigentes: abriendo los oídos a los sordos y devolviendo la palabra a los mudos. Esto se realiza espiritualmente en el Sacramento del Bautismo.

Estos fueron los signos que el Señor mostró como señales mesiánicas a los enviados por Juan (Lc 7, 22).

También se cumple a través de la historia en las gentes cuando los que antes eran ciegos y con su lengua lanzaban piedras, ahora miran al que es la Luz y la Verdad y lo alaban y lo proclaman y lo comunican Y todo esto sucederá porque han brotado con fuerza las aguas del Bautismo y ha generado en la humanidad un torrente de agua viva que salta hasta la vida eterna.

El mensaje de Jesús no se puede confundir con una fe “milagrera”. Los milagros de Jesús no son magia, no buscan impresionar a los presentes, no intentan demostrar nada; responden al poder de Dios puesto al servicio del ser humano necesitado. Lo nuclear es la imagen de un Dios misericordioso, solidario con el dolor humano. Por eso Jesús se acerca a los enfermos y los atiende, los escucha, los cura; como lo hará a través de su Iglesia con todos los pobres y marginados.

Pero quien ha sido acogido por Jesús; quien ha experimentado su fuerza salvadora; el que ha percibido que Dios lo ama personalmente no puede callar, como el ciego, aunque se lo pida el mismo Jesús. La proclamación del don de Dios, experimentado en la propia vida, responde a un corazón agradecido. No podemos guardar silencio si Dios ha actuado en nuestras vidas. ¡Y lo ha hecho!

Fuente: Con Vosotros, Diócesis de Ciudad Real. España